creciente desórden con que fueron escritas. Las visibles señales de humedad dibujadas en forma de gruesas gotas caídas sobre la última página, eran señal evidente del último llanto que amargó la existencia de aquella niña, digna de mejor suerte. Aquella palabra postrera, de trazos violentos y desiguales y que habia quedado sin concluir, era el trasunto de su último pensamiento, aprisionado al nacer entre las garras de la muerte.

Y así fué en efecto.

Cuando despues de despedir á Alberto notó la madre de Felicia que esta no salia de su cuarto, entró en él y la encontró tendida en el suelo, yerta y fria.

Ocurrió esta muerte cierto dia que las calles de Madrid presenciaron una manifestacion tumultuosa, como era costumbre en aquellos tiempos, y los médicos opinaron que Felicia habia fallecido de un síncope ocasionado por el susto que no habia podido resistir su naturaleza delicada é impresionable. Los que han leído la última página de su libro de memorias saben mejor que los médicos la causa que produjo aquella muerte.

Por poco que te haya interesado la desgracia de Felicia, supongo, lector amigo, que tendrás deseos de saber la suerte de las otras personas con quienes has trabado conocimiento al enterarte de esta verídica historia. Voy á satisfacer pues tu curiosidad en breves líneas.

Cárlos perdió á su madre dos meses despues de haber fallecido su amante; y solo en el mundo, abandonóse á la meditacion y al estudio, que fueron lenitivo para su profundo dolor. Un año despues, envejecido su rostro por los surcos prematuros que en él dejaron impresos sus infortunios, pero elevado su espíritu sobre todas las mezquindades de este mundo, entraba como novicio en una casa de padres Jesuitas, donde profesó más tarde.

Alberto y la madre de Felicia viven harto castigados por la mano de Dios, que pega muchas veces sin causar estruendo. Ella, desposeida de los bienes de su marido por el hermano de esta que entró á substituir á Felicia, vive retirada del gran mundo, reducida á la modesta posicion que le permite su viudedad, percibida á veces con retraso, llorando arrepentida las consecuencias de su pasado extravio; y aquel, despreciado por ella que le mira como la causa de su desgracia y perdido su carácter oficial y sus influencias con las veleidades de la política, enflaquecido y vistiendo un traje muy traído y anticuado, pasea las calles de Madrid sumido en la mayor miseria.

JUAN B. FERRER.